



© LISBETH SALAS

Javier Calvo

Nació en Barcelona, en 1973. Es novelista y traductor literario. Entre sus novelas destacan *Mundo maravilloso* (Finalista del Premio Fundación José Manuel Lara 2008) y *Corona de flores* (Premio Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón 2011), y entre su narrativa breve, *Los ríos perdidos de Londres* (2005) y *Suomenlinna* (2010). Su trayectoria literaria le ha consolidado como «uno de los narradores que de forma más rotunda ha añadido una nueva dimensión a nuestra narrativa», J. A. Masoliver Ródenas, *La Vanguardia*. Su obra se ha traducido al inglés, al francés, al alemán y al italiano.

www.elblogdejaviercalvo.blogspot.com



Seix Barral Premio Biblioteca Breve 2012

Javier Calvo

El jardín colgante

SELECCIÓN DE FRAGMENTOS

EDICIÓN NO VENAL

Diseño original de la colección:
Josep Bagà Associats

Primera edición: febrero 2012

© Javier Calvo, 2012

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo:

© EDITORIAL SEIX BARRAL, S. A., 2012
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.planetadelibros.es
www.seix-barral.es

Los hechos narrados en esta novela son enteramente ficticios.
Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Seix Barral agradece a **renfe**
su atenta colaboración en la celebración
del Premio Biblioteca Breve

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor.
La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

NO HAY PROTOCOLO

La posición en que la secretaria del capitán de artillería Ponce Oms encuentra a Arístides Lao, alias *Sirio*, en un rincón del suelo de su despacho es esa postura genuflexionada y con el cuerpo muy echado hacia delante que uno asocia con musulmanes a la hora del rezo o bien con gente que ha perdido una lentilla. La secretaria mira a Lao y a continuación levanta la vista hacia las paredes. Lao se incorpora hasta quedarse de rodillas, sosteniendo la espátula con la que está enmasillando la parte baja de la pared, y vuelve su cabecita pelirroja y alopécica hacia ella.

—Puedo explicarle esto —dice con su voz sin inflexiones—. Si quiere, hasta puedo rellenarle un informe de incidencia. Usted sólo lo tiene que firmar.

La secretaria vuelve a mirar las paredes. Lao parece haberse dedicado a alisar con masilla todas las imperfecciones del yeso.

—Me molesta que las cosas no sean *completamente* lisas. —Lao la mira con los ojos alternativamente dilatados y empequeñecidos por los crista-

les de esas gafas extrañas que lleva—. No me deja trabajar bien.

La secretaria del capitán Oms siente una repulsión por Arístides Lao que va más allá de lo puramente físico. Lao es bajito y rechoncho, parece ser al mismo tiempo pelirrojo y calvo, y lleva unas gafas absurdamente gruesas que le distorsionan los ojos, agrandándoselos o bien reduciéndoselos, según el ángulo con que uno mire. En general todos los empleados de la Delegación Regional del SECED detestan al agente Lao, pero es entre el personal femenino donde se concentran las mayores proporciones de asco. Hay algo en su cuerpecillo blando y lechoso que le da aspecto de alimaña extraída de su caparazón y expuesta a los elementos. De versión inflada y pelirroja de un polluelo blanquecino que se ha caído del nido. Pero es la expresión de su cara lo que realmente le revuelve a uno las tripas. Una expresión neutra, tan carente de emociones visibles o de reacciones familiares que produce un rechazo inmediato. Esa cara repugnante de ciertos autistas adultos. Por no hablar de la cuestión de los puzles, claro.

—El capitán Oms lo necesita en su despacho—dice—. Ahora mismo.

Mientras se van cruzando por los pasillos con distintos miembros del personal de la Delegación Regional, que la saludan cordialmente a ella pero no a él, Arístides Lao se dedica a contar los pasos de la secretaria y a calcular simultáneamente su altura exacta haciendo una proporción entre el nú-

mero de pasos de ella y los de él y derivando de ahí la longitud de su cadera. Para cuando la secretaria le abre la puerta del despacho del capitán y se hace a un lado para dejarlo pasar con una mueca de aprensión, Lao ya ha confeccionado una hoja de datos mental especulativa sobre la edad de la secretaria, su grado de ejercicio físico y su capacidad pulmonar probable. No se trata de algo que haga conscientemente. De hecho, es más bien la clase de cosa que le pasa por la cabeza cuando intenta poner la mente en blanco o bien cuando lo está distrayendo un asunto más urgente.

—Síntese, agente Sirio —dice el capitán Oms, sin levantar la vista del expediente que tiene abierto encima de la mesa.

El agente Lao se sienta entre los títulos enmarcados de academias militares. También hay una bandera española muy grande y un retrato del rey. Como suele pasar entre los oficiales militares, el capitán Ponce Oms es apuesto de la misma manera en que lo eran los galanes del cine de hace tres o cuatro décadas. El pelo engominado con la misma raya oblicua que le cruzaba la cabeza en diagonal a Carlos Gardel; la mandíbula reluciente de loción perfumada y un bigote a lo Douglas Fairbanks que en 1977 resulta simplemente incomprensible, una especie de desafío desairado a todos los estilos de vello facial que se han sucedido desde entonces.

—Sé que no me ha llamado usted por lo de las paredes de mi despacho —Lao se recoloca ligeramente las gafas sobre la nariz—. Estoy práctica-

mente seguro de que nadie me ha visto entrar esta mañana con las herramientas.

—No se preocupe por las paredes —dice Oms—. Ese ya no es su despacho.

Lao se queda mirando al delegado regional.

—¿Es por lo de los puzles? —dice—. A algunos de mis compañeros les molesta.

El capitán Oms suspira. Cierra el expediente y mira por fin al agente Lao, de esa manera en que acostumbra a mirarlo: como si el mero hecho de posar sus ojos sobre él le resultara doloroso.

—Olvídese de los puzles —le dice—. Dígame, agente Sirio. ¿Por qué cree usted que está aquí?

Lao lo piensa un momento.

—Es posible que alguien se haya vuelto a quejar de mí —dice—. Aunque también puede ser que simplemente vayan a aprovechar la remodelación para quitarme de en medio.

El capitán Oms se reclina hacia atrás en su asiento.

—No me refiero a por qué lo he mandado venir al despacho —dice—. Quiero decir si sabe usted por qué está en el Servicio. Por qué lo tenemos trabajando para nosotros.

El agente Sirio vuelve a dedicar un momento infinitesimal a pensar la respuesta.

—Sospecho que soy el principal experto en criptología y criptoanálisis del SECED —dice—. No lo puedo saber, claro, por el protocolo de información interno. Fui el primero de mi promoción en los cursos de la escuela de criptografía del SID

en Roma y en Tel Aviv en el 74. Tengo artículos en las principales publicaciones especializadas del mundo. Soy miembro peticionario de la Academia de Ciencias Exactas. Doctor en Matemáticas por la Universidad de Barcelona, aunque también se hizo una lectura pública extraordinaria de mi tesis en la Complutense. En los exámenes de ingreso en el Servicio, obtuve la puntuación máxima en las pruebas de memoria, atención, observación, análisis visual y fisionomía. No es que tuviera la puntuación máxima, sino que mis puntuaciones fueron perfectas. Nunca me equivoco. Supongo que eso compensó las bajas puntuaciones que obtuve en otros campos.

—Un expediente magnífico para un académico —dice el capitán—. Pero aquí no nos dedicamos al trabajo teórico, ¿verdad?

Lao no contesta.

—Estando asignado a Gestión de Ficheros, presentó usted... —El capitán vuelve a abrir el expediente que tiene sobre la mesa y lo mira con el ceño fruncido—... sesenta y tres solicitudes de remodelación del sistema de gestión de ficheros.

—Todas las solicitudes estaban orientadas a aumentar la eficacia del sistema —dice Lao.

—Sesenta y tres solicitudes en *cuatro meses* —dice el capitán—. Que equivale a una solicitud cada dos días, si no me equivoco.

El agente Lao vuelve a guardar silencio.

—Y en la actualidad —continúa el capitán— ha admitido usted en varias ocasiones que dedica

la mayor parte de su tiempo al estudio de los puzles.

—Solamente trabajo con los puzles cuando he terminado todas mis tareas de la jornada. —En los rasgos del agente no aparece nada parecido a la justificación ni la súplica—. Me han aumentado el volumen de trabajo varias veces, pero siempre acabo antes de la una.

El capitán Oms vuelve a clavar en su subordinado esa mirada de propietario de perro obligado a recoger los excrementos de la acera. Reclina el cuerpo hacia atrás en su asiento y emite uno de esos suspiros que parecen diseñados para recargar el organismo de paciencia.

—Sabrá usted —dice por fin—, que el Servicio está entrando en una remodelación completa. La más importante desde que existimos. Pasamos al Ministerio de Defensa y la fusión con los demás cuerpos de información va a cambiar el organigrama entero. Muchos operativos serán reasignados a la Secretaría Técnica, a Economía y Tecnología, a Seguridad o a Personal y Administración. Los que queden serán los que yo pueda mantener para la Inteligencia Interior.

Lao asiente ligeramente, como hace uno cuando acaba de descubrir la solución de un problema técnico.

—No hay protocolo —dice.

—¿Cómo?

—Por eso estoy trabajando aquí —dice Lao—. La respuesta a su pregunta de antes. Al personal

militar lo pueden reasignar a otras unidades porque se les presupone lealtad a sus cuerpos. Las secretarias y telefonistas no son problema porque nunca llegan a manejar información relevante. Se los puede despedir sin más. Lo mismo pasa con la mayoría del personal administrativo auxiliar y técnico. El problema son los agentes civiles como yo. —El agente Sirio se quita las gafas para limpiarlas con un pañuelo, generando esa metamorfosis desconcertante de la gente con gafas que distorsionan profundamente su fisionomía. No solamente da la impresión de que acaba de convertirse en otra persona: sin gafas, su cara parece desaparecer por completo, como si acabara de quitarse los ojos—. A los agentes civiles como yo no los pueden reasignar. No los pueden degradar más que dentro del propio Servicio, y a mí ya no me pueden degradar más porque estoy en la base misma del organigrama. Y tampoco me pueden echar porque conozco la mecánica interna del Servicio y la red de información. Y además, yo nunca me olvido de nada. Me tendrían que matar para librarse de mí. —La idea parece desconcertarlo un momento—. No me van a matar, ¿verdad?

El capitán Ponce Oms se queda mirando cómo Lao termina de limpiarse las gafas y se las vuelve a poner en su carita de gastrópodo sin concha.

—Créame que no puedo —dice por fin. A continuación saca de su pila de documentos un expediente voluminoso, encuadernado con anillas, y lo

empuja por encima de la mesa en dirección a su interlocutor. Lao se lo queda mirando—. Coja esto, agente Sirio.

Lao abre el expediente y examina la primera página.

—«Unidad de Apoyo Especial» —dice por fin—. ¿Qué significa esto?

—*Nada*. —El capitán niega con la cabeza—. Nada de lo que pone ahí significa *nada de nada*. Mis asesores se han pasado seis meses redactando ese documento. Lo considero una verdadera obra de arte. No encontrará ni una sola frase que signifique nada. —Señala el dossier que Lao tiene en las manos—. Hasta el nombre es el fruto de meses de esfuerzo.

—Me está reasignando —dice Lao, sin darle ninguna inflexión interrogativa a su voz—. A una unidad recién constituida y sin parámetros operativos.

—Ni un solo parámetro.

Lao guarda silencio. Su fisionomía parece estar luchando con el hecho extremadamente infrecuente de tener delante un dato ininteligible.

—Le estoy dando el *mando* de una unidad —dice por fin el capitán—. No espere a los operativos más brillantes de la Delegación: hasta yo tengo mis límites. Persónese en la sala 12 del primer piso. —Se mira el reloj de pulsera—. Sus subordinados ya lo están esperando. No se preocupe por sus puzles, ya haré que alguien se los baje. Y llévese ese documento, es el acta de constitución.

Lao mira la puerta como si hubiera algo al otro lado arañándola con sus zarpas.

—¿Y qué les digo? —dice—. A mis subordinados.

—De momento límitese a conocerlos. Y tenga esto. —Le da una pila de expedientes—. Expedientes de información. Dice usted siempre que le molesta la información inexacta, ¿no es verdad?

—La falta de eficacia de los sistemas de información.

—Lo que usted diga. Estos son expedientes ineficaces. Operativos poco fiables, desaparecidos o sospechosos de ser agentes dobles. Pistas que no llevan a ninguna parte. Informes que nos parecen poco veraces. Léalos. Busque esas cosas que lo molestan. El sesenta por ciento de nuestros expedientes de información están bloqueados por una razón u otra. Y ahora salga de aquí. —El capitán señala la puerta con la cabeza—. No me dé las gracias. Y no haga esperar a sus hombres.

El agente Arístides Lao se detiene frente a la puerta y mira por encima del hombro.

—¿Por qué yo? —dice.

—Aquí no se hacen preguntas. —El capitán ya ha vuelto a agachar la cabeza sobre su trabajo—. Somos el Servicio Secreto, ¿recuerda?

COMISIÓN DE FIESTAS

Una nota mecanografiada en el vestíbulo del Centro Parroquial del Carmen, perdida en un maremagno de notas mecanografiadas y carteles ciclostilados, anuncia para las diez de la noche del 7 de noviembre de 1977 una reunión de la Comisión de Fiestas Populares. En el orden del día, dice la nota, está el presupuesto de la iluminación navideña de las calles del barrio. La nota la firma «La Comisión». La creatividad con que camuflan sus reuniones es uno de los rasgos más notorios de la Comisión de Propaganda del SEDA. La mayoría de reuniones de la Comisión de Fiestas y de la Comisión de Limpieza del Centro Parroquial del Carmen, por ejemplo, son encuentros de Propaganda. También las sesiones de la Asociación de Amigos de la Astronomía y cierto encuentro de algo llamado la Sociedad Geodésica del Distrito Primero. Cualquiera que conozca la comisión puede relacionar el humor de algunas de estas denominaciones con Teo Barbosa. El problema obvio de elegir nombres de grupos demasiado descriptivos es lo que Barbosa denomina los *espontá-*

neos: gente que aparece en el centro parroquial porque *realmente* les interesa la astronomía o quieren conocer los detalles geodésicos del Distrito Primero.

En circunstancias normales, desde las ventanas del aula del primer piso del Centro Parroquial donde celebra sus reuniones la Comisión de Propaganda se ve la calle de San Antonio. Las aceras demasiado estrechas para que circule más de una persona y los balcones diminutos de hierro forjado. Esta noche, sin embargo, no se ve nada. La ceniza del meteorito ha cubierto todas las ventanas de la ciudad de una película negra que, por mucho que uno se esfuerce en limpiarla, vuelve a aparecer al cabo de una hora. Sentado en su pupitre habitual junto a la ventana, Teo Barbosa pasa un dedo muy largo por el cristal y se lo queda mirando con cara pensativa, como si hubiera esperado que la mugre estuviera por el lado de dentro. La voz nasal de Chino Torregrasa lo devuelve a la realidad.

—Tal vez el camarada Barbosa tenga la amabilidad de explicarnos ciertos comentarios humorísticos que me he encontrado en su informe semanal de actividades —dice el secretario de la comisión, desde su pupitre situado junto a la pizarra.

Barbosa oye el susurro de los cuerpos de los miembros de la comisión reacomodándose en sus pupitres para mirarlo. Por fin se limpia el dedo en la camiseta y levanta la vista. Contando a Barbosa, la Comisión de Propaganda la integran once

miembros. Todos los presentes tienen ese aspecto vagamente ridículo que les queda siempre a los adultos cuando se sientan en pupitres infantiles, pero en el caso de Barbosa, que les saca dos o tres palmos de altura a los demás, la impresión es especialmente dramática. Con los brazos y las piernas larguísimos sobresaliendo grotescamente del pupitre, Barbosa tiene aspecto de haber quedado atrapado a la altura de la cintura por alguna clase de cepo de diseño experimental.

—Camarada Barbosa —dice Torregrasa—, ¿te parece que la campaña de concienciación sobre los presos políticos de la universidad es un asunto para tomárselo a broma? ¿Te hacen gracia tus compañeros de facultad que están en la cárcel?

Barbosa frunce el ceño.

—¿Qué clase de pregunta es esa? —dice—. La duda ofende.

—¿De verdad? —Torregrasa hace una mueca—. Entonces supongo que no te importará que lea unas líneas de tu informe de actividades. —Saca un par de folios grapados de entre sus papeles—. Aquí. «El reparto de octavillas informativas sobre la situación de los presos universitarios ha sido un éxito rotundo. Se han repartido con éxito trece octavillas de las trescientas que tenía este afiliado. Esto garantiza las existencias de octavillas durante las próximas semanas.»

Se oyen un par de soplidos de burla. Torregrasa sigue leyendo:

—«Los trece destinatarios finales de la campaña de propaganda se distribuyen de la manera siguiente: tres alumnos distintos de Letras que han entablado conversación con este afiliado, manifestando su interés apriorístico por nuestra organización, pero que se han marchado después de escuchar mis explicaciones. Este afiliado opina que se trataba de alumnos ociosos con tiempo libre entre clases. Un alumno de letras acompañado de su novia que presumiblemente ha cogido las octavillas para impresionarla. Un grupo de cuatro miembros notorios de la JCC, que han cogido las octavillas y se han reído de nuestro material informativo y de nuestra organización. Un profesor provector de geografía de notorias inclinaciones católicas. Dos individuos que claramente eran miembros de los servicios de información de la policía o del gobierno...»

—Creo que ya nos hacemos una idea, camarada —dice un comisionado con la cara picada de viruelas que no para de morder su bolígrafo.

—Un momento —Torregrasa levanta una mano—, ahora viene lo mejor. «Al éxito de la campaña de concienciación se le suma el efecto devastador que nuestro material informativo va a tener tanto en el estamento católico como en el espionaje fascista. Las octavillas socavarán la moral del enemigo de clase y sin duda provocarán múltiples cambios de filas.» —Hace una pausa y mira a Barbosa—. Muy gracioso todo. ¿Qué se supone que tenemos que hacer con este informe?

—Eso no me corresponde decidirlo a mí, camarada —dice Barbosa, recomponiendo sus rasgos aniñados en forma de cara de inocencia—. Mis tareas son organizar las reuniones, establecer las contraseñas telefónicas y repartir octavillas.

Torregrasa cruza los brazos gordezuelos sobre la superficie del pupitre y dice:

—Deduzco que estás en desacuerdo con nuestra estrategia de campañas informativas.

—¿Qué te hace pensar eso? —Barbosa parpadea.

Torregrasa rebusca entre sus papeles hasta sacar más páginas grapadas.

—Tengo aquí el artículo que mandaste al boletín de la Federación. —Carraspea—. «Guerra Popular Prolongada en la Gran Vía.» ¿Es esto lo que te gustaría que hiciéramos en vez de repartir octavillas? ¿Juntar pupitres y pegarles fuego para hacer barricadas?

—Algo tenemos que hacer para distinguirnos del resto de sindicatos de estudiantes, digo yo. Ellos tienen cincuenta veces más afiliados que nosotros. ¿Cómo podemos hacernos notar?

—Ya somos distintos de los demás sindicatos —dice una comisionada—. Tenemos nuestro propio modelo.

—¿Qué modelo? —Barbosa pone cara de perplejidad teatral—. Todos los demás sindicatos cobran de los partidos, tienen sedes como Dios manda, están representados en el consejo universita-

rio... —Deja de contar con los dedos—. ¿Dónde estábamos cuando se repartió el pastel?

—¿Te crees que nos estás descubriendo las virtudes de la resistencia armada? —El comisionado de las viruelas golpea nerviosamente el pupitre con su bolígrafo mordido—. Todos hemos leído a Fanon, a Mao, al Che. Algunos más que tú.

Barbosa hace un gesto de mofa.

—¿Y cómo pensáis que va a llegar la revolución? —dice—. ¿Pegando a la gente en la cabeza con octavillas? ¿Cómo vais a crear las condiciones subjetivas? ¿Matando de aburrimiento al enemigo de clase?

—Cuidado, camarada —lo avisa Torregrasa.

—¿Por qué no nos vendemos ya, igual que todos los demás? —dice Barbosa—. Si nos damos prisa, igual nos dan un despacho como Dios manda.

Torregrasa se echa hacia atrás en su asiento, exasperado.

—Esto no lo tenemos por qué aguantar —dice.

Aunque no es mayor que Barbosa, la alopecia prematura de Chino Torregrasa y su sobrepeso ya le han conferido ese aspecto cronológicamente indefinido de los varones de entre treinta y cinco y cincuenta. Salvo por una alumna de Bellas Artes que lleva una chaqueta de cuero negra, la indumentaria preponderante en la Comisión de Propaganda son los jerseys de lana o bien de fibras artificiales, complementados con fulares y collares en el caso de las mujeres y pantalones de pana para am-

bos sexos. Teo Barbosa no sólo es inverosímilmente alto, sino que tiene una cara de niño muy ancha y unos ojos azul pálido que transmiten extrañas impresiones paralelas de pureza espiritual y de encontrarse delante de un adolescente aquejado de alguna patología que le ha alargado grotescamente los huesos. Su envergadura, además, lo obliga a extender las piernas hacia delante en su pupitre de tal manera que siempre parece más horizontal o repanchingado de lo que está en realidad.

—Esto ya no es un problema político. —Barbosa barre la sala con la mirada—. Mirad todo lo que está pasando en España, en Europa. Las oportunidades perdidas. Vivimos en una sociedad castrada. ¿Sabéis que el ochenta y siete por ciento de las sociedades tribales hacían la guerra al menos una vez por año?

—Somos un *sindicato estudiantil* —dice una de las chicas con collares y fulares—. Miranos. —Hace un gesto en dirección a los presentes—. ¿Tenemos pinta de hacer la guerra una vez por año?

—Al camarada secretario no le iría mal —dice Barbosa—. Así perdería un poco de peso.

—Tu actitud es lo más reaccionario que hay —dice el comisionado de las viruelas—. Siempre burlándote y despotricando. Pero nunca pones nada factible encima de la mesa. ¿Cuál es tu contribución a esta comisión?

—¿Mi contribución? —Esta vez Barbosa se repanchinga *de verdad*, colocando los pies enormes sobre el pupitre vacío que tiene delante—. Decir lo

que nadie quiere oír. Que es lo que hicieron todos los revolucionarios genuinos. Desde Jesucristo hasta Lenin.

Se oye otro soplido generalizado. Torregrasa se frota la frente con gesto exasperado.

—Muy bien. —Asiente con la cabeza—. Acabemos con esto ya. Propongo una votación. —Sostiene en alto el artículo de Barbosa—. ¿Quién vota para que cancelemos las campañas informativas y discutamos un modelo de acción armada?

El comisionado a cargo de redactar las actas levanta la vista de sus papeles. Carraspea.

—Consta en acta —anuncia— que el camarada secretario de la comisión ha propuesto una votación para cancelar las campañas informativas y pasar a la acción armada.

Silencio. Nadie levanta la mano.

—¿Nadie? —A Torregrasa se le hacen un par de hoyuelos de regocijo en los carrillos gordiflores—. ¿Ni siquiera tú, Teo? ¿Has cambiado de opinión?

Barbosa se encoge de hombros.

—Me someto al dictamen de la mayoría. —Pone su sonrisa de querubín—. Ya me conocéis. Soy el Príncipe de la Democracia.

—Muy bien. —Torregrasa asiente lentamente con la cabeza—. Propongo otra votación. ¿Quién vota por expulsar del sindicato con efecto inmediato y de forma permanente al camarada Teo Barbosa?

Esta vez ni siquiera el encargado del acta levan-

ta la vista. El silencio tiene esa condición marcadamente eléctrica que le da el zumbido inaudible de los fluorescentes del aula. Ronroneos de motocicletas en la calle San Antonio. Los primeros en levantar la mano son Torregrasa y el comisionado de las cicatrices de viruela, este último sosteniendo su bolígrafo mordido en alto. Las tres manos que se les unen, lentamente y de una en una, pertenecen a alumnos de derecho, cercanos a la persona del camarada secretario. Hay movimientos nerviosos de pies y tamborileos de dedos sobre los pupitres. De los cinco que no han levantado la mano, cuatro son alumnos de letras y conocidos de Barbosa. Lo cual deja a la estudiante de Bellas Artes. Barbosa ha tenido ocasión de fijarse en ella durante las últimas reuniones de la comisión. De hecho, tiene una cara de mejillas hundidas y ojos enormes que obliga a hacer un esfuerzo más o menos continuo para no quedársela mirando. Además de la chaqueta de cuero, lleva cantidades absurdas de sombra de ojos de color violeta que le dan a su cara un aspecto extraño de máscara estrigiforme. La mayor parte de las reuniones se las pasa liando a mano con parsimonia unos cigarrillos asombrosamente finos que luego se fuma sin prisas, a menudo dejando que se apaguen para volver a encenderlos, en contraste con la velocidad furiosa con la que el resto de miembros de la comisión fuma sus Ducados y sus Coronas. Barbosa la ha sorprendido a menudo admirando su propio reflejo en las ventanas de la sala. En general nadie le presta demasiada aten-

ción. En este preciso momento, sin embargo, diez pares de ojos expectantes se clavan en ella.

La estudiante de Bellas Artes descruza las piernas delgadas y se reacomoda en su pupitre infantil. Levanta una mirada coqueta hacia las caras que la están mirando

TÍNITO

Arístides Lao abre la puerta del domicilio que comparte con su madre en una finca vetusta de la calle Gerona y es bienvenido por el olor familiar de todos los días. El olor de las casas de los ancianos. Que no es exactamente un olor a suciedad ni a indicios de podredumbre corporal, ni tampoco a los perfumes y ambientadores que lo camuflan. Es un tercer olor, una síntesis inefable de los dos primeros que evoca imágenes de la Muerte sentada con su guadaña junto a la cabecera de una cama.

La señora Eulalia Lao está en el mismo lugar y haciendo lo mismo que todas las tardes cuando su hijo llega del trabajo: sentada en su sillón, escuchando los pasodobles de la Carta de Ajuste en espera de que se reanude la programación. Con su cuerpo esférico no encajonado entre los brazos del sofá, sino directamente inextricable de la estructura mullida y cubierta de pañitos de encaje. Con los gigantescos tobillos hidropésicos apoyados en un reposapiés a juego con el sillón. Cosiendo y echando vistazos ocasionales a la carta de ajuste.

—Buenas tardes, madre —dice Lao cuando pasa a su lado, de camino a su habitación.

En su habitación, se sienta en la cama para quitarse los zapatos y ponerse las pantuflas que tiene alineadas junto a la pared. El suelo está cubierto de papeles de periódico pegados con cinta aislante para evitar las rayaduras que el tiempo provoca en las baldosas.

—¡Niño! —le grita su madre desde la sala de estar. Esto también forma parte de la rutina: su madre nunca responde a su saludo, sino que siempre espera a que él esté cambiándose los zapatos en su habitación para ponerse a llamarlo a gritos—. ¡¡Niño!!

El susurro de las pantuflas acompaña a Arístides Lao a la sala de estar, donde su madre se lo queda mirando con una mueca de asco iluminada por el resplandor pulsátil del televisor, donde la Carta de Ajuste ya está dando paso al avance informativo. El televisor es la principal fuente de luz de la sala desde que hace cinco días la señora Lao decidió cerrar todas las persianas de la casa para proteger su domicilio de las radiaciones del Meteorito de Sallent. En su edición de hace dos días, *El caso criminal* ya recogía la aparición de diversas mutaciones provocadas por las radiaciones cósmicas a lo largo de la comarca del Vallés: niños con dos cabezas, reses con tres cabezas y algo que aparecía fotografiado de forma poco nítida en la portada y que parecía ser un pez caminando sobre un par de piernecitas.

La señora Lao clava una mirada iracunda en su hijo por encima de las gafas de coser que lleva en la

punta de la nariz. Su alopecia casi completa parece haber seguido el mismo patrón y encontrarse en el mismo punto de avance que la de su hijo.

—¿Qué horas son éstas de venir a casa? —le escupe—. Con tu pobre madre aquí muriéndose de hambre. ¿Tantas ganas tienes ya de que me muera?

Aristides Lao se mira el reloj de pulsera. Son las seis y cuarenta y nueve. Eso quiere decir que se ha retrasado exactamente ochenta segundos respecto a la hora media a la que llega a casa después del trabajo. Posiblemente como resultado de una combinación anómala de semáforos en rojo, provocada por una llamada telefónica de última hora en el despacho. Lao ayuda a su madre a levantarse del sofá, un proceso que requiere un par de minutos de tirones precisos, y a continuación la ayuda a bambolearse hasta el cuarto de baño. Allí la mujer se apoya en el brazo de su hijo para llevar a cabo su compleja serie de desplazamientos de faldas y enaguas que preceden a la micción, durante la cual Lao permanece impasible e inmóvil, con la mano hidropésica de su madre estrujándole el antebrazo. Por fin la lleva de regreso al sofá y espera a que se acomode.

—Ves a hacerme algo de merienda, anda, que estoy que me desmayo —dice la madre, sin mirarlo, nuevamente enfrascada en la combinación de costura y televisión que rellena los intervalos entre las siestas de su vida.

En la cocina, Lao calienta aceite en una sartén pequeña y casca un huevo. Espolvorea un poco de

sal encima y lo echa en la sartén con cuidado de no romper la yema, una contingencia que obligaría a iniciar de nuevo el proceso. Luego se queda de pie delante del fogón, mirando cómo crepita el huevo. Tanto las encimeras de la cocina como la superficie superior de la nevera están llenas de cajas de comida que la señora Lao se ha hecho traer después de que cayera el meteorito, por lo que pueda pasar. *El caso criminal* alerta de la posibilidad de que el meteorito desencadene un invierno nuclear en España.

El huevo sigue crepitando en la sartén cuando Lao mira de reojo al otro lado de la puerta de la cocina, en dirección a la mesilla del recibidor, donde está su maletín del trabajo. La ventana de lamas pivotantes de la cocina es la única de la casa que no tiene persiana, de manera que los cristales están todos cubiertos de ceniza negra. Lao sale de la cocina. Abre su maletín y saca el expediente restringido de la Operación Cólera que le ha hecho llegar esta misma tarde el capitán Oms.

En el fogón, los rebordes del huevo frito se doran, se rizan y se oscurecen. La yema del huevo cuaja.

Lao abre el dossier. El expediente tiene unas doscientas páginas, de las cuales un centenar lo componen expedientes de información, procedentes de media docena de informadores. A continuación viene una docena de páginas de transcripciones y el resto del expediente son fotografías. El olor del huevo frito sumergido en el aceite hir-

viendo sale de la cocina y empieza a flotar por el recibidor. Por debajo del crepitar de la sartén se oye la sintonía del programa infantil *Un globo, dos globos, tres globos*, que viene justo después del avance informativo. Lao pasa páginas a toda prisa. La Operación Cólera se instaura en junio de 1976 con el seguimiento de las actividades del Partido Comunista Auténtico (PCA), creado en 1973 por un grupo de militantes del PCE que rechazaba la política de reconciliación nacional de Carrillo y el Eurocomunismo. Después de seguir durante tres años la línea del Partido Comunista de China, tras la muerte de Mao, el PCA toma como referencia al Partido del Trabajo de Albania.

En medio del aceite hirviendo, la membrana vitelina y la albúmina de la clara empiezan a burbujear. La superficie entera del huevo adquiere esa textura de los depósitos de lava y de las representaciones tradicionales del infierno.

Para mediados de 1977, la red de informadores ya ha identificado un entramado de organizaciones relacionadas con el PCA y que al mismo tiempo le sirven para captar militantes y establecer contactos externos. Un mar de siglas. FPA (Federación Popular de Artistas), OST (Oposición Sindical de Trabajadores), SEDA (Sindicato de Estudiantes Democráticos), UMP (Unión de Mujeres Proletarias), UCR (Unión de Campesinos Revolucionarios) y media docena más. Todas las organizaciones han sido creadas por el PCA, que tiene miembros de control en ellas. La voz de su madre

empieza a preguntar por «ese olor a quemado que viene de la cocina». A continuación se elige a tres operativos del Servicio para infiltrarlos en el entorno del PCA y se les da entrenamiento especial en una base del GSG-9 en Colonia. Sus nombres en clave son Barbosa, Albaiturralde y Dorcas.

Las partes exteriores del huevo se han chamuscado y se han contraído hasta ya no ser nada más que un ligero aro de albúmina licuescente alrededor de la yema cuajada. La clara entera se volatiliza mientras el aceite empieza a llenar de humo la cocina. Arístides Lao pasa páginas a toda velocidad. A finales del 75 la policía alerta de un posible contacto de militantes del PCA con elementos subversivos alemanes. Se establece un grupo de seguimiento permanente. La superficie entera del huevo se ennegrece, empezando por los bordes y yendo hacia el centro. Ya no se puede distinguir visualmente entre la yema y la clara.

En primavera del 76, el grupo de seguimiento consigue grabar dos conversaciones, que son las transcripciones que se incluyen en el expediente. Los lugares donde se graban las conversaciones son Colonia y Formentera. Col-era. Operación Cólera. Arístides Lao se permitiría una ligera sonrisa si fuera de la clase de personas que se permiten sonreír.

Los gritos de la señora Lao se vuelven frenéticos. La cocina se llena de humo mientras el aceite y el huevo frito, convertidos en un único limo negro y burbujeante, se empiezan a fundir con el revesti-

miento de la sartén. El humo también se ha vuelto negro.

Hacia junio de 1976 ya está claro que el PCA está preparando una serie de acciones terroristas a través de un brazo armado cuyo nombre en clave es Tropa de Oposición Directa (TOD). La policía inicia una operación permanente. El SECED activa la Operación Cólera en todo el territorio nacional. Se infiltra a los tres operativos de Colonia en el entorno del PCA. De acuerdo con las últimas páginas del dossier, Barbosa y Albaiturralde siguen infiltrados, pero Dorcas tiene una marca negra y un signo de interrogación en su expediente de información. Es decir, ha dejado de informar o bien sus últimos informes ya no se consideran de fiar.

Los gritos de la señora Lao han alertado a los vecinos, que ahora están llamando al timbre. Arístides Lao sigue de pie junto a la mesilla del recibidor, pasando páginas del expediente. Desde el sofá donde está encajonada, su madre grita y pide ayuda a Dios y a los bomberos y asegura que su hijo se ha vuelto loco y que la quiere matar. La cocina ya está completamente llena de humo negro para cuando la sartén empieza a fundirse.

Las dos transcripciones son muy fragmentarias, pero en ellas hay indicios para pensar que la operación armada que prepara el PCA podría ser al menos de la misma magnitud que las del GRAPO o la ETA.

El humo llega al recibidor. El crepitar de lo que está sucediendo en los fogones, junto con el rumor

de la programación infantil de la tele y los gritos histéricos de su madre, no penetran en el cráneo de Lao más que como un ruido blanco de electrodoméstico que no incide en los niveles superiores de la conciencia. Un rumor de tráfico lejano, un tinito en la madrugada.

